

GRAN
EXCLUSIVA

Arturo PEREZ-REVERTE, primer
periodista extranjero en zona de combate

El enviado especial de

PUEBLO

entró

NUESTRO COMPAÑERO
CONVIVE CON LAS TROPAS
ARGENTINAS LA
TENSION DE LA GUERRA

en las Malvinas

“Ya no podemos claudicar. Se ha ido lo bastante lejos como para no volverse atrás”

PUEBLO

Director MANUEL CRUZ FERNANDEZ

Hoy,
PUEBLO-
Sábado



MERCADO
MANZANARES

OFERTA ESPECIAL DE LA SEMANA.
111 M-AD ... 150.000 ptas.
124 Export 1.500 M-S ... 200.000 ptas.
134 Export 1.500 M-S ... 140.000 ptas.
135 FU M-AJ ... 190.000 ptas.
136 Breal M-AW ... 190.000 ptas.
137 M-BD ... 215.000 ptas.
138 M-BV ... 225.000 ptas.
Calle Comandante Fortea, 9-11.
St. Blasquez, Teléfonos 2418300/4/5.
Abierto incluso domingos

AÑO XLIII

Número 13.289

Madrid, sábado
5 de junio de 1982

48 páginas

Precio: treinta y cinco pesetas



SENATOR - RECORD
MONZA - ASCONA
KADETT

Concesionario oficial Movilauto, S. A.
Bravo Murillo, 36 - Tel. 4466250
Abrimos incluso domingos

- "Nosotros, como ustedes los españoles con Gibraltar, hemos estudiado en la escuela que estas islas son argentinas"
- "Aunque tomasen todo el archipiélago, no les serviría de nada si no alcanzan Puerto Argentino"
- "Si nos las arrebatasen, de nuevo volveríamos a pelear para recuperar las islas"

(Información, en página 22)



Lotería Nacional
59.133
PRIMER PREMIO

libre indirecto Video histórico

NO mira con escepticismo los libros de historia, que inevitablemente hacen oficio de jueces. Lo que ya sabemos del 23-F ha quedado intacto en las sentencias, que añaden más complejidad a la que sentimos de antemano. Ahora sí que ya no podemos saber nunca lo que pasó aquel día. El video es un testigo para los goles, pero no sirve para la historia. La verdad no se consigue con la moviola. Frente al infantil fetichismo actual de la imagen, el rostro de la culpabilidad no es tan evidente identificable como crean los "fotogramas" del penalty. Es cierto que las sentencias han ido más lejos que el video; pero han producido más confusión que claridad. No parece que sólo sean culpables los videos y no los audios.

El Gobierno decide la instalación de la planta de "pellets" en Fregenal de la Sierra

"NOS HA TOCADO EL GORDO"

• Dicen los mineros de Cala (Página 6)

FIRME RESPUESTA DEL CONSEJO DE MINISTROS A LAS SENTENCIAS DEL 23-F

REFORMA DE LA JUSTICIA MILITAR

• Se restringirán sus competencias en delitos contra la Corona, instituciones del Estado y poderes constitucionales (Página 6)

Felipe González

"LA SENTENCIA ES EQUIVOCADA"

(Información, en página 5)



“YA NO PODEMOS CLAUDICAR”

Por razones de máxima seguridad, las Fuerzas Armadas argentinas no permiten la presencia de periodistas en la zona de guerra, y sólo algunos corresponsales argentinos han sido movilizados militarmente para informar desde algunas poblaciones del lejano Sur. Ningún periodista extranjero había llegado hasta ahora al teatro de operaciones desde el inicio de la guerra. Arturo Pérez-Reverte lo ha conseguido para PUEBLO.



En una isla del teatro de operaciones (Atlántico Sur), de nuestro enviado especial Arturo PÉREZ-REVERTE

Dentro y fuera del avión de la Fuerza Aérea argentina, la oscuridad es total. Adormecidos por el ronroneo de los motores de hélice, los soldados sentados en el suelo, desprovisto de asientos, entre las cajas cargadas de suministros y municiones, se despiertan con sobresalto cuando el piloto inicia un brusco picado. Algunas brasas de cigarrillos iluminan rostros crispados por la tensión. Descendiendo sin luces hacia la pista balizada con el mínimo imprescindible de señales, que se apagarán apenas roemos tierra, todos cuantos vamos a bordo sabemos que en ese momento somos un punto luminoso en las pantallas de radar de los barcos ingleses, que están en algún lugar allá fuera, mar adentro, agazapados en la noche.

La isla es grande, pero no se permite escribir su nombre. No hay constancia de que haya tropas británicas en ella, aunque nadie descarta la posibilidad de que grupos tipo comando estén ya escondidos en algún punto a la espera. En la pista del aeródromo, en total oscuridad, filas de soldados trabajan como hormigas calladas y laboriosas, descargando los pertrechos que transportaba nuestro avión. El frío es insoportable, total, bajo el pesado cielo, inmensamente negro, que destila implacable humedad. El suelo es una pegajosa capa de barro en el que se adhieren las botas, en donde resbalan las ruedas de los vehículos. La luz de una linterna ilumina fugazmente una columna de hombres que marchan en la noche como monstruos jorobados con sus grandes mochilas, bajo los ponchos impermeables relucientes de lluvia.

—El oscurecimiento es por sí vienen los Vulcan ingleses —comenta alguien que me estrecha la mano y a quien no le veo el rostro—; esperamos que una noche de éstas se ocupen de nosotros...

Estamos en el fin del mundo, en la línea del Círculo Polar Antártico, y aquí las Malvinas no son un remoto lugar en los mapas, una manchita de color allá abajo, junto a la tierra del fuego, sino una realidad próxima y concreta que sirve de escenario a una guerra. Una guerra en el confín del mundo.

La camioneta Chevrolet circula despacio, sin luces, cruzando casi a ciegas las tinieblas sobre la pista de tierra. Un brusco frenazo ante un destello de linterna y una sombra confusa, cubierta con bufanda, pasamontañas, casco de acero, poncho y capucha, que se asoma a la ventanilla para

identificarnos. El frío es increíblemente atroz cuando nos detenemos ante una casaca con las ventanas cubiertas por mantas y trozos de lona. Dentro arde un buen fuego, y sobre el paño gris que cubre una mesa de madera, junto a un sofá Chesterfield de buen y viejo cuero, hay una botella de whisky, media docena de vasos y cuatro uniformes con insignias de alta graduación. Nada de nombres. Nada de unidades. Nada de lugares. Aclarado ese punto, con las botas empapadas humeando junto al fuego, podemos hablar.



—Soy el jefe de la unidad que se encuentra desplegada en este sector —pecho corto, algunas canas, pipa Dunhill, tabaco holandés, aspecto tranquilo, apellidado italiano— y mi misión es defender esta zona de la acción británica. Parte de los efectivos bajo mi mando tienen ya experiencia de combate, e incluso algunos participaron en el operativo de desembarco del 2 de abril. Ignoro los por menores diplomáticos de este asunto porque soy un soldado. En mi opinión exclusivamente personal, Ar-

● “Se ha ido lo bastante lejos como para no volver-se atrás”

● “Los ingleses jamás han hecho una guerra limpia; siempre emplean trucos”

● “Aunque tomasen todo el archipiélago no les serviría de nada si no alcanzan Puerto Argentino”

● “En Europa creen que los ingleses son unos tipos preparadísimo y nosotros unos pobrecitos indios con arco y flechas”

para desembarcar tropas al amparo de la Cruz Roja; mienten descaradamente en sus cifras de bajas. La experiencia nos ha demostrado que con ellos es inútil el fair play. Hay que darles duro. Y la batalla de

Puerto Argentino, la gane quien la gane, no es el final. Es el principio.

● SE OYE A LOS INGLESES

Amanece despacio y tarde en estas latitudes australes, especialmente bajo este denso cielo gris plomizo, de nubes bajas que se apoyan en la tierra y cubren el aire de una espesa bruma que impide ver a diez metros. La tierra está cubierta de una costra helada, barro duro como la piedra, congelado por las bajísimas temperaturas que están más allá de los cero grados. En un agujero hay un soldado inmóvil, del que la única señal de vida está en los ojos enrojecidos que brillan entre la espesa lana del pasamontañas que le cubre el rostro. Sus manos, cubiertas con gruesas manoplas, empuñan el fusil de asalto. Abajo, una decena de metros al pie de la pendiente, al otro lado de la cortina de niebla, se escucha el rumor del agua contra la playa.

—¿Cómo te llamas, soldado? —Martín Codazzi, señor. Con dos zetas. —¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años, señor. Soy de Salta, salteño. —¿Qué harás si dentro de un rato te salen los ingleses de la niebla?

—Los cago a tiros, señor. Bajo una red de camuflaje hay media docena de hombres agazapados en pozos de tirador, en torno a un cañón de 105 milímetros, una radio zumba en algún lugar, entre la bruma, y la voz de un oficial llega nítidamente con las coordenadas de tiro.

—¿Es un tiro de ejercicio o disparan ustedes contra algún objetivo?

No hay respuesta. Con las manos entumecidas por el frío, los soldaditos se pasan los proyectiles, los introducen, cierran la recámara. La radio emite un carrapeo y una orden, y un segundo después el estampido hace aletear la red de camuflaje. Tumbados sobre la mezquina hierba helada, dos soldados fumaman un cigarrillo tras la ametralladora, con los cascos de acero calados hasta los ojos y las bandas de munición dorada alrededor del pecho, como bandidos mejicanos. Otro disparo de cañón. Y otro. Un oficial surge de la niebla por la derecha y se pierde en la niebla por la izquierda, con el auricular de radio pegado a la oreja, con el operador que le pisa los tacones, la larga antena balanceándose en el aire.

—Mis papás son españoles, señor —el soldadito, otro soldadito, chapotea con las enormes botas en el fango helado que cubre el fondo de su trinchera—. ¿Por qué no nos han apodado más ustedes en esta guerra? Es como si España hubiese tenido, qué sé yo, pudor, vergüenza o miedo de ponerse abiertamente a nuestro lado...; eso me ha decepcionado mucho. ¿Es así? Yo a España la quiero, mis padres me enseñaron a quererla, y yo quiero a usted...

La radio emite una serie de códigos que se repiten en los minutos —están los ingleses, captamos sus comunicaciones, alguien está ganando, ganando, ganando...—

nazos. Sin embargo, a una cerca pastan vacilante diez o quince ovejas, lanudas y empapadas de humedad, que se interrumpen para mirar con curiosidad las vestimentas de verde olivo que se mueven a su alrededor entre la bruma.

—El clima que tenemos aquí es terrible. En la noche, pasa el día continuando empapado, la ropa se seca, las prendas se mojan, se hielan durante la noche... y si es duro para nosotros, también lo es para los ingleses. Con la experiencia de que ellos, profesionales, soldados, suelen que pelean por una colonia que ni les importa, mientras que nosotros, como ustedes, con Gibraltor hemos estudiado en la escuela que las Malvinas argentinas. Además, Europa creen por lo que los ingleses son tipos preparadísimo, hacer la guerra y nosotros pobrecitos indios con arco y flechas. Aunque ya lo están viendo. Aunque tomasen todo el archipiélago, eso no serviría de nada si no alcanzan Puerto Argentino, que esa ciudad, el grueso de la población malvinense, es el verdadero objetivo militar de esta guerra. El que la posee, posee las Malvinas. Por eso, aun cuando de que nos batasen de nuevo, vamos a pelear para impedirlo otra vez. Los europeos, han demostrado que no conocen a los argentinos.

El cañón vuelve a disparar a través de las bajas hacia el Este, hacia el Nordeste, en esta dirección, en esta dirección, como puercos. El hielo cubre las botas de los soldados que se arrastran en la nieve y la humedad. Los soldados por sus mochilas, por sus pasamontañas. La radio sigue emitiendo, con un ruido de comunicaciones que se repiten en los minutos —están los ingleses, captamos sus comunicaciones, alguien está ganando, ganando, ganando...—